Ezra Pound, poeta grande entre los grandes

SU DISCUTIDA INTERVENCION POLITICA EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL NO LE HA PRIVADO DE CONTARSE ENTRE LOS MEJORES LIRICOS EN LENGUA INGLESA DE ESTE SIGLO

Nueva York, 2. (Crónica de nuestro redactor.) — *La muerte en Venecia del poeta norteamericano, Ezra Pound, grande y noble entre los grandes, coloca a la información de este país, al escribir las notas obituarias, ante un caso de conciencia, casi siempre resuelto en el pasado con los clisés de juicios sumarísimos. La influencia de Pound en las letras inglesas es tan enorme y decisiva en la época anterior a la primera gran guerra, que difícilmente se hallaría otra cumbre de tal importancia. Los movimientos poéticos que pilotados por él trataron de libertar tanto la literatura como la pintura de cuanto es estéril, animándola con nueva y cierta vitalidad, indican desde el primer tiempo de su destierro voluntario de este país la eminencia de una personalidad. En todo, hasta en la apariencia física. Pound jamás descuidó el efecto, tal vez para deslumbrar, de lo que podía ser retrato personal de un artista, muy a la manera de Joyce.*

Un espíritu generoso y comprensivo

Sin referirme ahora a su fantástica e increíble generosidad. Se le ha atacado tanto por su denuncia de los judíos, achacándoles todo el mal de nuestras sociedades, por su descubrimiento de Mussolini, aquel contratista de obras que acabó por llevar a Italia a la ruina (pensar que ese país no hubiese encontrado su camino sin él es un insulto a su capacidad brillante) por su papel en la última guerra, participando en emisiones de radios italianas en favor del Eje, que ha llegado a obcecar a quienes están obligados a separar la obra del escritor, recurriendo a condenas que sí que resultan fascistas. El Fascismo no sólo fue una idea o una doctrina mortal, sino que es una forma de existencia, falta de grandeza y generosidad, dispuesta a aplastar la mentalidad ajena, a humillar el libre albedrío humano. ¿Cómo decir entonces que Pound era fascista? El, cargado siempre de vibrante capacidad de ayuda y de talento para entender a los demás. De no ser por Pound, tal vez no se hubiera publicado jamás uno de los mejores poemas de nuestro tiempo, «The Waste Land», de Eliot, rectificando y puliendo el original hasta dejarlo como la obra maestra que es. ¿Y el caso de James Joyce? El escritor irlandés, viviendo a salto de mata, sin casi esperanza de que algún día pudiera publicar sus libros, halló en Pound guía y mentor, publicándose gracias a él su «Ulises», en folletón, en «The Little Review», una de las revistas influyentes en la que más colaboró Pound y que mantuvo abiertas sus páginas para descubrir valores nuevos, realizar campañas en su favor con tal de hallar medios con que publicar sus libros, dispuesto al artículo que señalara a la curiosidad a tales escritores. Si sus «Cantos» habían transformado totalmente el lenguaje de la poesía inglesa, su posición única en ayuda de los demás permitió lanzar, en cierto modo, no sólo a aquellos gigantes de la literatura de nuestro tiempo, sino que respaldó con su opinión y recomendación al poeta Robert Frost, a Hemingway, a Lawrence. Aquél no olvidó jamás el empujón primero literario recibido de Pound. Cuando, por su colaboración en la guerra última, fue declarada su incapacidad (Freud era la excusa para mantenerle prisionero por muchos años), Robert Frost tuvo la gallardía de hablar en su nombre y en el de Hemingway, Archibald McLeish y Eliot, para que fuera puesto en libertad. Con todo, en un país democrático, ni siquiera aducidas en su contra, podía admitirse su condena. Como en el otro extremo, el ostracismo que cayó sobre el cantante Paul Robeson, por su filiación con las asociaciones de extrema izquierda. En este país que tanto truena contra los demás en cuanto rozan a un intelectual, sobre todo si ese intelectual hace el juego internacional que les conviene, quedaron mudos ante injusticia semejante. Aunque se tratara de casos de valía y calidad menor recuérdese también el de los intelectuales condenados durante la persecución de las hordas del senador McCarthy (Joseph).

Una obra única

Debe recalcarse toda esa importancia que Ezra Pound mantuvo en el Londres de la anteguerra primera y en el París de los años veinte, pasando a lo que le califica como el poeta más original, intrincado también y más preparado culturalmente (su conocimiento de la literatura, poesía y lenguas era portentoso) para traer un ímpetu nuevo en la serie de movimientos que iniciados en Londres con el llamado Vorticismo, junto a Wyndham Lewis, trataron siempre de aportar un aliento que vivificara el artritismo general en que habían caído las artes. Su fin era paliar una realidad ecuménica que pudiera asimilar todos los tiempos, sin caer en la esclavitud del romance circunstancial de cada época. Por primera vez en varios siglos, Pound se atrevió a restaurar la metáfora, en el núcleo del proceso poético. No en la periferia externa, sino en la actividad creadora enforcada en la propia mentalidad. La influencia que Ezra Pound recibió, mediante los trabajos de Ernest Fenollosa, de los idealogramas chinos y del teatro japonés, le califican como el poeta más creador, tal vez, de nuestro tiempo. Pound ha sido el único poeta norteamericano incluido en la recientemente publicada nueva enciclopedia Oxford del verso inglés. Reconocimiento a una obra única, que está muy encima de los prejuicios políticos de nuestra época y que ha onubilado la capacidad de juicio de tanta gente. Todavía, hace muy pocos meses, se le negó un premio nacional de este país, por rencor a su participación en la última guerra, actitud de negativa capacidad intelectual de quienes rechazaron su nombre.

En sus años más prolíficos, Pound escribió algunas de las muestras más inventivas de poesía de este siglo. En ocasiones aparecían como extrañas y muy brillantes combinaciones de fragmentos en inglés, francés, alemán, chino, ecuaciones matemáticas, dialectos, judío o griego, notas musicales y formas de expresión del viejo sur de los Estados Unidos. A veces, incluso, con oscuridades que obligaban a un entrenamiento intelectual de los más rigurosos por parte del lector. Los cantos a la manera dantesca fueron prueba definitiva de que Pound podía liberar a la literatura de sus formas tradicionales, considerándolo como su propio diario intelectual. Esto, la liberación de las formas mediante el verso libre, llegó a su colmo en la imaginería de Pound. Era un último grito de independencia que había ofrecido como estandarte de unas artes nuevas. La poesía inglesa libre de la música de la literatura, la pintura de la anécdota, la escultura del sentimentalismo. Todo ello ha contribuido a las formas más originales de nuestro tiempo. No es difícil de entender cómo Ezra Pound era un genio, un gigante entre pigmeos, un artista en la vocación más pura y ennoblecida de la profesión, hecha devoción misma. — Angel ZUÑIGA.

CUANDO SE VA EL «MIGLIOR FABBRO»

ERASE UN ANGEL EN VESTE DE MEFISTO

Toda una tarde despeándote por los meandros de la Giudecca, la isla parte de allá del Canal Grande, con su aire todavía entre pescador y rural, cortadas sus callejas por celadas mansiones y huertos conclusos como pocos quedan en lo demás de Venecia; toda la santa tarde, pues, de timbre en campanilla, a la busca del refugio del poeta. Trabajo inútil, porque el viejo león se había retirado, asqueado de todo, al castillo que en el Alto Adigio posee su hija (la hija que le dio la violinista norteamericana Olga Rudge, providencia de su vejez), princesa por matrimonio. Ya no habría, pues, ocasión de nuevo encuentro con el cumplido caballero, el generoso amigo y seguro mentor en mis primeras armas de poner la vida negro sobre blanco; maestro, incluso, en aprontar datos y métodos para el recto entendimiento de la poesía hispana, de entonces y de siempre (no se olvide que la venida a Europa del joven profesor obedecía a sus investigaciones sobre Lope, en Madrid; que allí derivara hacia Góngora, para él máximo innovador desde los provenzales y los «stilnovistas», no es menor demostración), y por de contado, óptimo miradero abierto al quehacer de todas las vanguardias.

Y nada digo del gran poeta y descomunal «clerc» llamado a revolucionar la poesía anglosajona, y no sólo ésta; del incisivo crítico gracias al cual tantos son los que aprendieron a leer, a entender; del patrón de toda empresa restauradora de valores literarios, alentador y guía de tantas figuras hoy merecidamente famosas, mecenas también, él que vivía, magros derechos de autor aparte, de los modélicos minúsculos, artículos de economía que dispensaba en un semanario londinense. Nada, porque de ello andan llenos los libros; de poco tiempo a esta parte, los de aquí también (aún se me acuerda, una docena de años ha, cuando invitado a dictar una conferencia en el Instituto de Estudios Americanos y proponer por tema Ezra Pound quedó la cosa allí, aunque sospecho que por motivos extraliterarios, y el funcionario de turno sentirse más papista que el Papa).

Llegaba, el jovenzano que yo era, del París del papa Breton, de Aragon y Eluard, Buñuel, Dalí, y me llegué a Rapallo, portador de un cordial, e inmerecido, billete de Joyce para Pound. Echa a ligereza moceril que aquel espigado «anciano» de cepillo rojo y perilla napoleónica, cuello Gustavo Serena en un mar lechoso y sembrado de pecas, inquietos ojillos azulencos tras los espejuelos de pinza y una cantarina voz baritonal restallando frases breves, axiomáticas en no sé qué jerga compósita, se me antojara poco al día, casi lo que por entonces llamábamos una pasatista (y el involuntario mohín, al referirse a Joyce, vació el salero). Santa inocencia, aquel pensar que todo nace donde nosotros.

Lo que haya sido el papel de Pound en los quince años rapallinos precedentes a la guerra, no es en nada segundo a su gigantesca labor de suscitador de movimientos —desde vorticismo e imagismo—, redescubridor —no sólo para anglosajones— la Laforgue, Corbière, Mallarmée también y, ¿por qué no?, Rimbaud, editor de tantas revistas que lanzaron a ambos lados del mar los nuevos grandes nombres del siglo: todo, en fin, lo dispensó a manos llenas por los años de Londres y París. Pienso en el jubileo de ingenios relevantes que del otro cabo del mundo venían en su busca —eran los años de las primeras entregas de sus revolucionarios «Cantos»— y acababan por instalarse en Rapallo y aledaños: el belga Crommelynck, el poeta inglés Bunting, el compositor Münch, Kokoschka y, una temporada, Max Ernst también, y Wyndham Lewis, Zukovsky y qué se cuánto joven americano, con Moravia, los veranos, como Bardi, y el pintor Monti, con Monotti, Linati, Cerio, cuántos más. La joven intelectualidad ligur en peso, y en procesión la italiana toda, creo que todos acabamos jugando —como él— al tenis y metidos medio día a mojo armando exposiciones, conciertos, encuentros internacionales, polémicas sonadas y, de contera, el vivaz suplemento literario que añadió al modesto semanario local «Il Mare», modesto hasta cue le pusimos semejante banderilla internacional.

Luego vino su colaboración en la radio italiana, que en la expresiva jerga suya de explosiones y cantables, casi tan sugestiva como aquel disco de algunos «Cantos» en su propia voz, significó no chico éxito para la EIAR. Comenzó algo antes de la guerra (allá venían, de mes en mes, por Roma, a grabar cuatro programas, él con su pelliza de tratante y el chambergo, Dorothy, su dulce esposa inglesa, con el sombrerito que es de imaginar) y se intensificó al congelarle los ingresos londinenses, los de sus escritos y los de su mujer, pintora de flores: cuando su vieja estirpe republicana se exasperaba contra los demócratas, entregados a la finanza internacional y fautores —no sólo según él— de la guerra.

Lo demás es notorio: presentándose a las autoridades militares americanas, con la victoria, le encerraron durante semanas en una jaula en pleno campo (medieval tormento que nos valdría la maravilla de los «Cantos Pisanos»). A seguido, la condena a muerte, el compasivo residenciarle en la casa de los locos, donde le visitó el poeta y diplomático Aurelio Valls, quien amablemente me trajo su saludo. Y en plena condena, el hermoso rasgo de los poetas americanos al otorgarle el premio Bollinger. Y el regreso a Italia.

El retorno de sus despojos, pues el poeta, y el hombre anciano, habían enmudecido. Hasta la tardía muerte (alguna fugaz aparición, sin avenirse a articular palabra, cual su presencia en el festival de Spoleto). Sin dársele un ardite la creciente fama que volvía a cobrar su obra mundo adelante, la legión de jóvenes talentos que se proclamaban sus discípulos. Pobre Ezra, viejo rebelde, condenado en vida al olimpo.

Juan Ramón MASOLIVER

Una vida al servicio de la Literatura

La influencia de Pound en Joyce, T. S. Eliot, Hemingway... fue verdaderamente notable

Venecia, 2. (Exclusiva de «The New York Times», para «La Vanguardia».) — La importancia de Ezra Weston Loomis Pound está tanto en su propia obra poética como en su labor de apoyo y promoción de otras futuras celebridades de la literatura moderna. La poesía que Pound compuso entre 1910 y 1920 serviría como acicate a otros escritores jóvenes. T.S. Eliot ha escrito que «Pound es más responsable de la revolución del siglo XX en poesía, que cualquier otra persona individualmente». Más tarde, en los años veinte, Pound era el indiscutido profeta de la llamada «generación perdida» de los EE. UU.; y dos grupos de poemas suyos, «Hugh Selwyn Mauberley» y «Cantos de Pisa», han pasado a ocupar por derecho propio un lugar entre las obras maestras de la literatura en lengua inglesa.

Pero como queda dicho, fue casi más importante aún su labor como editor y mecenas literario, y sus logros en este terreno entre 1910 y 1925 no tienen parangón en la ihstoria mundial de la literatura. Fue Pound quien actuó como secretario y guía para William Butler Yeats durante el período más productivo en la obra del poeta irlandés. También fue Pound quien descubrió aquel joven poeta llamado T.S. Eliot, quien resultaría decisivo en la redacción del poema que más tarde obtendría fama mundial bajo el título de «The Waste Land» (La Tierra Yerma). Igualmente fue Pound quien logró que se publicara la obra que generalmente se considera como la más grande de las novelas en lengua inglesa de este siglo: «Ulysses», de James Joyce. Pound tuvo también gran influencia sobre escritores como Robert Frost, Ernest Hemingway y Wyndham Lewis.

JUVENTUD ESTUDIOSA EN LOS EE. UU.

Ezra Pound nació el 30 de octubre de 1885 como hijo único de Homer Loomis Pound e Isabel Weston, ambos procedentes de importantes familias norteamericanas. Cuando nació, los Pound vivían en Hailey (Estado de Idaho), pero a los 18 meses comenzaron a emigrar hacia los Estados del Este, para fijar definitivamente su residencia en Filadelfia.

Ezra fue educado en la Academia Militar y en una escuela de segunda enseñanza de Cheltenham, cercano a Filadelfia; demostró un interés y aprovechamiento especiales en latín y en literatura. A causa de sus excelentes conocimientos del latín fue admitido en la Universidad de Pennsylvania en otoño de 1901, es decir con tan sólo 15 años de edad. Ya en la Universidad tomó contacto con jóvenes literatos que alcanzarían celebridad y que reconocerían que el encuentro con Poud había influido mucho en ellos, como William Charles Williams y Hilda Doolittle.

Después de dos años de estudios en Pennsylvania, Poud se trasladó a la Universidad «Hamilton College», en Clinton, Estado de Nueva York. Aquí comenzó su enorme interés por la poesía de Dante y de los trovadores medievales de Provenza. Se licenció en 1905 y volvió a Pennsylvania donde se doctoró en 1906. Sus amigos decían que era un estudiante serio, aunque desordenado, y que parecía que había leído casi todos los libros de la historia de la literatura en una impresionante variedad de lenguas: latín, francés medieval y moderno, provenzal, español, italiano, portugués, griego antiguo y moderno, alemán, e inglés tanto antiguo como medieval y moderno.

En los comienzos, de 1908, con unos pocos dólares en el bolsillo, Pound se embarcó como marinero en un barco de transporte de ganado, para viajar a Londres. Volvería a los Estados Unidos tan sólo en tres ocasiones: primero como joven poeta de fama, luego como autonombrado profeta en misión de detener la Segunda Guerra Mundial, y finalmente como acusado de traición y supuesto enfermo mental, después de aquella guerra.

SU ACTIVIDAD EN ITALIA

De 1910 a 1920 residió en Londres donde fue considerado pronto como hombre de gran influencia en los círculos literarios. Aquí escribió «Exaltations» (1909), «Riposte» (1912), «Lustra» (1916) y «Hugh Selwyn Mauberley» (1920). Luego vivió cuatro años en París, y en 1925 se fue a vivir en Rapallo en la Riviera italiana, que sería su residencia durante prácticamente 20 años. Una vez en Italia se apartó casi totalmente de la poesía (con excepción de su colaboración en la edición crítica de Guido Cavalcanti, publicada en 1932) y comenzó a escribir sobre teorías económicas que muy poca consideración merecieron en los medios expertos.

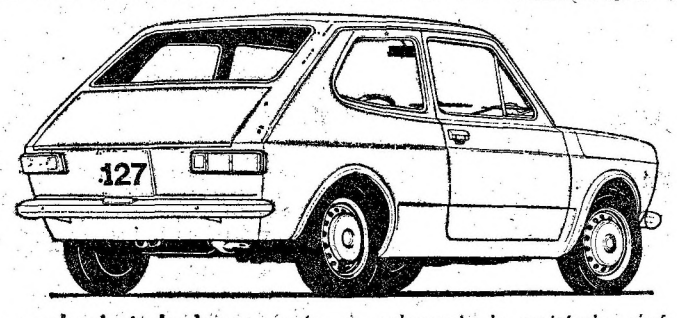
Sus amigos comenzaron a sentirse intranquilos en su presencia. El irlandés Yeats fue a verle en Rapallo en 1933 para pedir su opinión sobre una nueva obra suya; Pound escribió una sola palabra en la cubierta: «Podrido», y se lo devolvió. En 1934, Pound invitó a Joyce para una cena, y éste imploró a Ernest Hemingway que le acompañara, para no tener que estar a solas con Pound. Además de empeñarse en sus teorías económicas, Pound también se había convertido en convencido fascista.

En 1939, Pound viajó a los EE. UU. para recibir en el «Hamilton College» el nombramiento como doctor «honoris causa». Intentó convencer a las autoridades del gobierno sobre sus teorías económicas y políticas, sin éxito alguno.

Tras su vuelta a Italia comenzó en 1941 su actividad como comentarista de la radio italiana ensalzando al régimen de Mussolini. Pound siempre insistiría en que exigió y obtuvo plena libertad sin tener que regirse por directrices oficiales en sus comentarios, que según él eran a título personal. En julio de 1943 fue condenado en rebeldía por un tribunal de Washington por haber colaborado con un país enemigo. Después de la caída de Mussolini, Pound partió de Roma y fue a Merano, donde vivía su hija. Fue detenido por partisanos italianos en 1945 y entregado al Ejército norteamericano.

Se le transportó a los EE. UU. en noviembre de 1945, pero se estimó que era mentalmente incapaz de ser juzgado por traición, por lo que nunca tuvo lugar el proceso sino que fue confinado en un manicomio de Washington, de donde salió en 1958. Volvió a Italia, y a su llegada a Nápoles saludó a los fotógrafos con el saludo fascista. Se estableció nuevamente en Merano y durante algún tiempo fue bastante activo como escritor y pintor.

Después de haber sufrido un ataque al corazón en 1962, cambió profundamente y se volvió hostil hacia los visitantes. En 1969 efectuó un breve viaje para volver a ver el «Hamilton College», donde se le tributó un gran homenaje. El verano pasado, un grupo de críticos y escritores le propuso para la prestigiosa medalla «Emerson-Thoreau» concedida anualmente por la Academia de Arte norteamericana; en su recomendación, dijeron que su valor como poeta es indiscutible aunque sus ideas políticas fueseu deleznables. La Academia rechazó la recomendación.

EN ESTE MOMENTO
SU COCHE VALE MAS DE LO QUE VD. PIENSA
a cambio de un
SEAT nuevo.


PORQUE:
- En CENTRALSA valoramos los coches a conciencia teniendo en cuenta, no solamente la matrícula, sinó también las manos que lo han llevado y el estado real del mismo.
- En CENTRALSA tenemos una gran demanda de vehículos usados en buen estado.
¡COMPRUEBELO trayéndonos su coche a peritar (sin compromiso) o llamando al teléfono 254 36 00 (Sr. de la Cruz) y un perito tasador, le visitará con el modelo que le interese probar, el día y a la hora que Vd. indique
CENTRALSA SARRIA
Maestro Villa, s n
(frente campo R.C.D. Español)